

ARIADNA



Y EL CÍRCULO DE LA AUDACIA



LA ESPADA DE TÁNATOS
SILVESTRE VILAPLANA



1

EN LAS PROFUNDIDADES DEL MAR

Siempre había pensado que mi vida era extraña. A medida que crecía y pasaba de ser una niña a hacerme mayor, iba encontrando el mundo más incomprensible, como si me faltara el libro de instrucciones. Creía que esa sensación era causada por ser una adolescente con un pensamiento en conflicto entre lo que esperaba de la vida y la monotonía de lo que me deparaba el día a día. Pero estaba equivocada. Mi existencia era normal, aburrida y previsible; supongo que como la vuestra. Sin embargo, los acontecimientos estaban a punto de precipitarse y todo iba a cambiar de arriba abajo.

Lo que nunca podía haber imaginado era que, mientras bostezaba por tercera vez consecutiva en la clase de Matemáticas de un lunes cualquiera a las ocho de la mañana, mi futuro y el de toda la humanidad se la jugaban en un lugar muy alejado de mi aula. Justamente a 41.73 grados norte y 50.14 grados oeste. En medio del océano Atlántico, a unos seiscientos kilómetros en el sudeste de la costa de Newfoundland, en Canadá, un territorio donde el reloj

marcaba cuatro horas y treinta minutos menos que el de mi clase.

Mientras la profesora Marta Rius nos indicaba los ejercicios que teníamos que hacer en casa para repasar los conocimientos del último tema y yo los apuntaba sin ganas en una agenda ya saturada, dos barcos echaban anclas en las coordenadas que marcaba la brújula electrónica e iniciaban una operación peligrosísima.

El mar estaba agitado, la temperatura era fría y la misión que aquellos hombres tenían encomendada era casi suicida. Pero el sueldo que cobrarían por llevarla a cabo era exorbitante, tanto como para jugarse la vida o perderla si era necesario.

Eran profesionales; la mayoría, antiguos militares que se alquilaban junto con sus armas a quien más pagara. Y, por eso, cada uno de ellos sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Los buzos se prepararon mientras los dos pequeños sumergibles que transportaban en los barcos fueron dispuestos junto a la embarcación nodriza. Los encargados de la comunicación comprobaron que el sonido y la imagen llegaban a la perfección al centro de control y que estaba en marcha la conexión encriptada que tenía que mostrar todo lo que estaba pasando, en tiempo real, en la otra punta del mundo. Concretamente, en una mansión discreta en Europa, donde un hombre, con aparente indiferencia, observaba en una pantalla los movimientos bien coordinados de sus subordinados.



—¿Empezamos? —preguntó el jefe de expedición a la cámara que tenía delante.

—Adelante —ordenó una voz severa desde el Viejo Continente.

Los dos pequeños submarinos fueron ocupados por hombres vestidos con monos resistentes a bajas temperaturas y las grúas hicieron descender los dispositivos hasta que tocaron el agua. Entonces los soltaron.

La marea agitada los balanceó peligrosamente y los empujó contra el casco del barco hasta que los motores consiguieron equilibrar las naves. Entonces se adentraron en las profundidades. Las cámaras de visión nocturna, preparadas para la oscuridad, mostraban el interior del mar: peces sorprendidos por aquella invasión y una fauna marina que huía aterrorizada, alterada por aquellos visitantes inesperados.

Pero los mercenarios no prestaban atención a aquel panorama extraordinario. No tenían tiempo ni interés, y su objetivo no era conocer las bellezas marinas. El descenso de los sumergibles se llevó a cabo de manera vertiginosa, al límite de la presión que un ser humano puede soportar en tal profundidad sin sufrir graves secuelas. Tenían que actuar deprisa. Querían evitar riesgos con las fuerzas de seguridad porque sabían que lo que estaban llevando a cabo era ilegal. Eran conscientes de que iban a alterar un patrimonio de la humanidad subacuático protegido por decenas de leyes y convenciones. Pero resultaba un delito menor comparado con la importancia de su propósito final.

Apenas unos minutos más tarde, las primeras imágenes del objetivo aparecieron en pantalla. Durante unos segundos reinó un silencio respetuoso. La imagen en colores verdosos que ofrecía la cámara de infrarrojos impresionaba por su inmensidad, por la ruina que ofrecía, porque estaban ante un espacio histórico y porque sabían que justo en aquel lugar habían perdido la vida más de mil quinientas personas.

—¡El Titanic! —confirmó el hombre que estaba al mando del primero de los submarinos. Y, por un instante, le pasaron por la cabeza las famosas imágenes del transatlántico más famoso del mundo saliendo del puerto de Southampton en 1912 rumbo a Nueva York, con un capitán de barba blanca dirigiendo la nave. Nunca llegaron al destino planeado. Un iceberg los esperaba para provocar una de las tragedias marinas más famosas de la historia.

El capitán del primero de los submarinos se quedó fascinado durante unos segundos observando el barco, consciente de que estaba ante unos restos legendarios. Un carraspeo en el otro lado de la línea lo conminó a continuar el trabajo. No eran un grupo de turistas de lujo. Su propósito era cometer un robo.

Desde que en 1985 se había encontrado el Titanic, había sido visitado por diferentes expediciones e incluso se había rodado una película oscarizada sobre el tema. Algunos de los que habían bajado a las profundidades a reencontrarse con el viejo transatlántico habían conseguido extraer de él varios objetos, que se mostraban en



exposiciones itinerantes. Pero a los mercenarios de los submarinos no les interesaban las reliquias históricas o sentimentales que escondía el mítico barco.

Se detuvieron. Habían estudiado pormenorizadamente todas las opciones y sabían que los submarinos no podían llegar más allá de donde se encontraban en aquel momento. Era imposible atravesar el laberinto de pasillos de un barco ruinoso lleno de trampas inesperadas sin jugarse la vida. Por eso contaban con la ayuda de unos pequeños robots teledirigidos de última generación. Esa era la ventaja de no tener límite en el presupuesto.

El jefe de expedición pulsó un botón y unas trampillas se abrieron en el submarino. Tres pequeños aparatos de formas y tamaños diversos salieron al exterior. Tenían una apariencia parecida a drones, pero cada uno de ellos presentaba una morfología distinta porque estaba adaptado a la función que tenía que ejercer en aquella misión marina.

Los tres dispositivos se situaron uno detrás de otro a corta distancia y recorrieron los pasillos del barco siguiendo el camino de un mapa que el técnico que los controlaba se había aprendido al detalle. De vez en cuando, el dron inicial tenía que abrir camino. Si una puerta o un obstáculo impedía el paso, el artefacto utilizaba la pequeña lanza térmica que llevaba incorporada y abría un agujero por el que podían entrar las tres máquinas.

Quince minutos más tarde ya se encontraban en la parte más lujosa del Titanic, en el corazón del barco, donde los pasajeros más ricos podían percibir en menor medida las

vibraciones de la nave y disfrutar de un trayecto más tranquilo. Todo estaba previsto para los viajeros preferentes, hasta el último detalle. Pero ahora todo había cambiado. El entorno ofrecía un aspecto fantasmagórico: lámparas de cristales turbios, metales oxidados, restos de un mobiliario que en su día fue el más ostentoso del mundo, cortinas desgarradas..., la fastuosidad transformada por el tiempo y por el mar en un paisaje crepuscular.

Los tres drones se pararon delante de un camarote.

—Hemos llegado —confirmó el capitán del primer submarino al centro de control.

—Tened cuidado ahora.

El técnico que movía el primero de los drones suspiró. Sentía las manos temblorosas por el frío y por la tensión.

La lanza térmica derretió la puerta de la cabina como si fuera de mantequilla y los tres aparatos pasaron al interior. La cámara ofreció una visión panorámica del espacio. El camarote era parecido a los otros de primera clase del barco, pero ellos sabían que aquel tenía algo especial. El dron midió la distancia de la parte sur de la habitación, hizo los cálculos y se acercó a un punto concreto del muro.

—Empezamos la extracción —anunció el técnico.

La lanza térmica incidió en una de las paredes. La luz azulada empezó a fundir el tabique con cierta dificultad. Era evidente que el material que recubría aquel muro era mucho más resistente que el que se habían encontrado hasta entonces. Poco a poco, la lanza fue dibujando un recuadro de algo más de dos metros cuadrados. Entonces,



el primer dron se retiró y dejó paso al siguiente aparato. El técnico se percató de que, a pesar del frío que hacía dentro del submarino, estaba completamente sudado.

Las láminas de acero que encabezaban la segunda máquina se introdujeron con cuidado en las rendijas que acababan de abrir en la pared. Los brazos de la máquina fueron presionando hasta que advirtieron que tenían bien sujeto el cuadrado que se había generado. Entonces, los propulsores del dron variaron la posición y se pusieron a máxima potencia.

Durante unos segundos no pasó nada, pero después, poco a poco, un objeto se desprendió del muro y quedó cautivo dentro del dron.

—Tenemos la caja fuerte —confirmó el capitán del submarino.

El grito de victoria fue general y se pudo oír a través de los micrófonos. Incluso en la lejana Europa, el hombre de la mansión sonreía y estaba inclinado hacia delante atento a cada movimiento.

Pero la misión todavía no había acabado. Estaban a 3800 metros de profundidad en el interior de un barco hundido y absolutamente deteriorado, y tenían que sacar los drones.

Las máquinas volvieron a colocarse en el mismo orden. Delante, la lanza térmica; en medio, el aparato que llevaba enganchada la caja fuerte; detrás, el tercer dron, vigilante.

La salida fue más sencilla. El camino estaba hecho y

solo debían recorrerlo justo al revés. Por eso pronto llegaron cerca de los dos submarinos.

—Volvéis a casa —dijo el capitán del submarino al verlos, como si las máquinas tuvieran la capacidad de escucharlo y de entenderlo.

Entonces, se desató la tragedia.